

Sebastián Randle, *Castellani maldito 1949-1981*, Buenos Aires, Vórtice, 2017, 712 págs.

De Sebastián Randle conocíamos su libro *Castellani 1899-1949*, también editado por Vórtice hace casi quince años –y que reseñara Francisco José Fernández de la Cigona en su momento–, que tanto nos entusiasmó, al punto que nos llevó a escribir al autor pidiéndole que continuara la biografía. Por entonces nos dijo que no pensaba hacerlo. Hace unos años nos llegó el corrillo que había puesto manos a la obra, que es esta segunda y última parte de la historia del Padre Leonardo Castellani.

Aquel primer volumen tenía algunos rasgos peculiares. Por caso, el autor se había valido de los diarios privados y de la correspondencia (inéditos ambos) del cura; y ponía al final de cada capítulo una suerte de memoria personal relacionada con lo que contaba del biografiado. Además estaba escrito en un tono ligero, llano, casi sin pretensiones, pero muy atractivo. En esta segunda parte se ha conservado esa fisonomía en lo fundamental, como diré.

Leonardo Castellani es para un buen lote de argentinos –horizonte expandido a Hispanoamérica gracias a Juan Manuel de Prada, entre otros– una figura mítica, un personaje de culto y un escritor tan singular como lo fuera su propia existencia. En tres grandes campos se explayó como literato: autor de novelas y relatos, especialmente policiales y religiosos; asiduo articulista que desparramó notas de diverso contenido en diarios y revistas; y escritor sagrado, exégeta erudito de los evangelios y del *Apocalipsis*, entre otros textos. Los avatares que en sus días padeciera el jesuita, los numerosos seudónimos que empleó, junto a otras circunstancias y decisiones, hicieron que su obra fuera tomando conforme pasaban los años un definido color personal hasta convertirse en un evidente –y empecinado– registro autobiográfico.

Aquel tomo inicial de Randle y este que comentamos dan viva cuenta de ello. Munido del diario y de las cartas de Castellani el autor va siguiendo los pasos del cura año tras año, mostrando su carácter huraño y vivaz, alegre y enfermo casi hasta la ciclotimia; su pasión por la lectura, su avidez de libros y escritos de diferente contenido (filosofía, teología, historia, religión, política, poesía, la Nación diario, etc.); su afecto intelectual por los escritores odiados

e incomprensidos, heterodoxos, simbolizados en su santo Kierkegaard o en el maldito Baudelaire; su pericia de escritor que tomaba la materia de sus propias lecturas y estaba cómodo en casi todo tema y cualquier siglo; su obsesión por ver la vida desde «su» vida, como veía a Buenos Aires desde la ventana de su apartamento; su incommovible fe, fe de santo que no se mudó a pesar de su dolor profundo para con la Iglesia que lo trató mal y que veía deformada por un fariseísmo abundante; su patriótico amor hacia un Argentina que se extraviaba en religión y perdía el norte de la vida colectiva y hacía de él un «ermitaño urbano» en un país que ya no reconocía y que llega a no sentir suyo; su humildad, despreocupada por los honores y distinciones humanos, casi hasta la indiferencia; su desapego para con las cosas del mundo que nunca tuvo y nunca quiso; su desprecio de lo vulgar (¡el tango!) sin ser jamás un refinado, solamente un hombre de buen gusto; su generosa amistad con la que retribuía la generosidad de sus pocos amigos; su honestidad a toda prueba que no vendía por un libro ni un peso; y, por sobre todo, su religiosidad, a veces tan singular, una religiosidad que fue asilo en la desventura –sus muchas desventuras, pruebas que sabía Dios le mandaba para su santificación– y esperanza lúcida y feliz de alcanzar «la isla de Jauja», el paraíso prometido que era donde tenía puesta la vista y la vida.

Todo esto y mucho más emana de las casi setecientas páginas que Sebastián Randle dedica a la segunda mitad de la vida del cura Castellani hasta su muerte.

El único problema es que por momentos el lector no sabe si el autor sabe adónde va, si solamente gusta dejarnos una narración sagaz o un relato verídico. Porque confieso que tengo la impresión que siendo la de Castellani una vida singular –y que Randle conoce y sabe desde su infancia, conocimiento que enriquece por el respeto al cura, del que nadie duda–; confieso, decía, que tengo la impresión que esa vida singular ha sido bien retratada pero no del todo abarcada. Me explico.

Como en el previo volumen, la fuente principal de la biografía son el diario y las cartas de Leonardo Castellani, que Sebastián Randle sigue en un registro cronológico que desnuda el alma del cura, exponiéndola en sus íntimas entretelas. El asunto es que de esa fuente brota un personaje que se me antoja «un santo», pero

que esa su santidad no ha sido percibida por su biógrafo. Es cierto que Randle no ha ocultado nada de lo que hemos dicho. Más aún, gracias a él las conocemos. Lo que quiero decir es que pese a ello le ha faltado abarcar con una mirada superior lo que nos ha relatado y que era exigida por la propia vida del biografiado, porque ésta daba más de lo que se nos da en el libro.

Y se me ocurre que la ausencia de esa perspectiva más elevada es debida al estilo del autor. No soy crítico literario, entonces aquí puedo hacer agua. Admito que las notas personales de Randle al final de cada capítulo –que otrora molestaran a muchos casi hasta ser el único objeto de crítica– han sido abreviadas de modo tal que el biógrafo no se superpone al biografiado, como antes ocurrió. Sin embargo, ese estilo que antes llamé ligero por llano, ahora tiene trazos ordinarios, chabacanos. La mayoría de los incisos que Sebastián Randle pone entre los pasajes de las cartas y los trozos del diario personal de Castellani son ramplones, en ocasiones meramente retóricos (esas reiteradas preguntas como «¿Y yo qué sé?», en otras decididamente mal escritos (como al comienzo de la página 452 en el que hay cuatro negaciones en un párrafo), a veces pretenden de intimistas y no son más que simples acotaciones personales que suenan como relajadas observaciones de café aunque se digan en inglés, y así.

Pero como digo, no soy crítico literario, de modo que mis recriminaciones no van más allá de las de un entusiasta. Con todo, el libro es interesantísimo, atrapante y muy recomendable. Ahí está Castellani en cuerpo y espíritu para dejarse conocer y querer.

Juan Fernando SEGOVIA

Hugo Herrera, *La derecha en la crisis del Bicentenario*, Santiago de Chile, Universidad Diego Portales, 2014, 214 págs.

Hugo Herrera (1974), doctor en Filosofía por la Universidad de Würzburgo con una tesis sobre Carl Schmitt, ha enseñado en distintas universidades tanto de Santiago de Chile como de Valparaíso y Viña del Mar, y en la actualidad es profesor de Filosofía Política en el Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales de Santiago de Chile.